

Lectores de Proust

¿Qué pueden aprender los historiadores de una narración tan *sui generis* como la *Recherche*?

Carlo Ginzburg

Leí por primera vez la *Recherche* en francés, entre 1959 y 1960, en los tres volúmenes de la Pléiade editados por Pierre Clarac y André Ferré (aprendí francés leyendo a Proust y Baudelaire). De todos modos, el que mi madre los tradujera (traducción que leí mucho después) significó que el francés fuera para mí, desde el punto de vista emocional, como una suerte de lengua materna, algo que se ha mantenido más allá de la competencia adquirida (en comparación, el inglés, que he utilizado con más frecuencia, es para mí una lengua con muchas menos connotaciones emocionales).

Aquella lengua extranjera, pero materna a su modo, me hizo entrar en el mundo misterioso, lleno de increíbles sorpresas, de la *Recherche*. Pero ¿de qué manera (me pregunto hoy) leí luego la *Recherche*? ¿Con qué filtros? Me parece encontrar un principio de respuesta en un ensayo que escribí veinte años después, «Spie. Radici di un paradigma indiziario». «Es fácil demostrar, por lo demás, que la novela más grande de nuestros tiempos –*A la recherche du temps perdu*– está construida según un riguroso paradigma indicial». ¹ Hoy me gustaría añadir una aclaración: «Y que el “paradigma indiciario” se ha inspirado en gran medida en la novela de Proust». Intentaré aclarar de inmediato el significado de esta afirmación, que involucra a lectores de Proust mucho más relevantes e influyentes que quien habla.

Al proponer el «paradigma indiciario» me sentí atraído por Leo Spitzer, así como por Aby Warburg, por Marc Bloch (especialmente el de *Los reyes taumaturgos*) y por Adorno (especialmente por *Minima Moralia*). Tras terminar la *Recherche*, leí el ensayo de Spitzer «Sullo stile di Proust». Pero el verdadero significado de esas páginas, que sin duda marcaron un punto de inflexión en la trayectoria hermenéutica de Spitzer, me ha quedado claro recientemente. Se abren declarando la profunda deuda intelectual contraída con otro ensayo sobre Proust, que apareció tres años antes: el de Ernst Robert Curtius, publicado en 1925. ² Spitzer escribía: «El método con el que Curtius alcanza a descubrir el “espíritu” Proust en

su lengua, lo ha enseñado el propio Proust, y es el mismo que estoy proponiendo desde hace años. El crítico comienza a leer, y queda sorprendido al principio por ese estilo tan singular, hasta que encuentra una “frase casi transparente” que le hace sentir el carácter del escritor: prosiguiendo la lectura encuentra una segunda y una tercera frases del mismo género, y de ese modo acaba intuyendo la “ley” que nos permite comprender “el espíritu formal de un autor”. (...) en mi opinión, este método, que lo que quiere ser en el fondo y ante todo es una invitación a leer y a releer los textos estudiados, no vale solo para Proust, sino para todo autor cuya lengua se quiera entender realmente».

No hace falta insistir en la importancia de esta declaración de método, hecha por personas interpuestas. El plural es obligado: Spitzer se refiere a Curtius, quien remite a Proust. Esta genealogía intelectual, esbozada por Spitzer en unos pocos trazos vigorosos, no puede ser aceptada ciegamente; aunque sería absurdo ignorarla. Sin embargo, no se la discute allí donde uno lo esperaría. Por ejemplo, en la introducción de Pietro Citati a la recopilación italiana de ensayos de Spitzer, titulada *Marcel Proust e altri saggi di letteratura francese moderna*,³ Curtius es citado con el relieve que le corresponde, pero sin mencionar su ensayo sobre Proust. En relación con el ensayo introductorio de Jean Starobinski a *Études de style*, la recopilación de ensayos de Spitzer aparecida en una traducción francesa de 1970, el nombre de Curtius no aparece por ningún lado.⁴ Y, sin embargo, quien lea hoy el ensayo de Curtius sobre Proust tiene la impresión de estar frente a un texto fundacional, que tiene claros efectos, tanto de forma inmediata como retardada, sobre dos lectores excepcionales: Leo Spitzer y Erich Auerbach. (Esta deuda intelectual quedó entonces oscurecida por las tensiones, científicas y personales, entre quienes se vieron forzados al exilio y quienes habían optado por la «emigración interior».)

Sobre esta doble conexión (Curtius/Spitzer, Curtius/Auerbach), me limitaré a hacer dos rápidas aclaraciones. La frase enigmática que, según Curtius, constituye el punto de partida de la indagación textual, anticipa el famoso *click* evocado por Spitzer a propósito del «círculo hermenéutico». El artículo que Auerbach dedicara a la *Recherche* en 1927 tenía como lema una frase de *La Prisionera* –«El universo es verdadero para todos nosotros y diferente para cada uno»–⁵ que Curtius había citado en su ensayo de dos años antes, en una sección titulada «Relativismo», explicando: esta forma de relativismo no significa que las innumerables perspectivas sean todas falsas, sino que todas son ciertas. Tras el «relativismo histórico o perspectivismo» que Auerbach reivindicó en 1958, citando a Vico, se entrevistó una relectura de Vico, implícita y tal vez inconscientemente, a través del Curtius lector de Proust.

Pero el Curtius lector de Proust no hacía sino hacerse eco, con gran inteligencia, del propio Proust: en particular, del prólogo que abre *La Biblia de Amiens* de Ruskin, que él tradujo. Voy a mencionar dos pasajes: «Si conversamos una vez con una persona, podemos discernir en ella rasgos singulares, pero solo repitien-

do esta conversación en circunstancias variadas nos es posible reconocer tales rasgos como característicos y esenciales. Para un escritor, para un músico o para un pintor, esa variación de circunstancias que permite discernir, mediante una suerte de experimentación, los rasgos permanentes del carácter es la variedad de las obras. (...) En el fondo, ayudar al lector a emocionarse con estos rasgos singulares, colocar ante sus ojos trazos similares que le permitan considerarlos como los trazos esenciales del genio de un escritor, debería ser la primera parte de la tarea de todo crítico». ⁶ Ahora ya resulta inevitable leer en el prefacio a *La Biblia de Amiens* un anuncio de la *Recherche*. Como siempre en Proust, práctica y reflexión teórica se alternan, entretrejiéndose, tanto en los escritos de diversa índole como en la propia *Recherche* (un caso de entramado similar, en la literatura europea, es el Dante). A través de su novela –que es también, por supuesto, una metanovela– Proust dio a sus intérpretes las herramientas para interpretarla. No se trata de una armonía preestablecida, sino más bien de una constricción que el autor ejerce sobre sus propios lectores. Los críticos de la *Recherche* no han sido capaces de sustraerse a los instrumentos interpretativos predispuestos por Proust. La definición que Peter Citati da de Proust a mitad del siglo xx –«el mayor crítico estilístico de nuestro siglo»– se toma literalmente y, si es posible, se profundiza en ella. La crítica estilística tiene raíces antiguas, al menos procede del siglo xvi (un tema que espero poder abordar en otra ocasión). Pero si Proust no hubiera existido, la crítica estilística tal como la conocemos hoy nunca hubiera nacido.

También yo, como cualquier otro lector, he leído a Proust siguiendo las indicaciones, explícitas e implícitas, de Proust. Pero esto no significa una devaluación del trabajo de mediación llevado a cabo por los críticos: más bien al contrario. Trataré de demostrarlo deteniéndome en un aspecto preciso.

Releo el citado pasaje del prefacio de Proust a *La Biblia de Amiens*: «Para un escritor, para un músico o para un pintor, esa variación de circunstancias que permite discernir, mediante una suerte de experimentación, los rasgos permanentes del carácter es la variedad de las obras». ⁷ Esta alusión al experimento –experimento científico– se desarrollará en la novela, empezando por el título. Que la *Recherche* tiene que ver con la *recherche*, es decir, con la investigación científica en particular y con el conocimiento en general, es un hecho que se impone inmediatamente a los lectores. Cito casi al azar de *Marcel Proust. An English Tribute*: un volumen aparecido en 1923, que reúne escritos de varios autores (entre otros, de Joseph Conrad) que, en su mayoría aunque no todos, son elogiosos. ⁸ Francis Birrell, un escritor cercano al grupo de Bloomsbury, señaló que el título *À la recherche du temps perdu* (traducido al inglés con escasa fidelidad como *Remembrance of Things Past*) «va mucho más allá del deseo de escribir una autobiografía, de recapitular la propia experiencia efímera. Es el intento de reconstruir el pasado en su totalidad (*to reconstruct the whole of the past*)».

Sí, pero ¿de qué modo? Spitzer viene en nuestra ayuda: «La distancia entre el narrador y la narración presta a la narración una realidad y una autonomía más

intensas: a sus personajes, Proust quiere alejarlos de lo que ve, de modo similar al historiador (pero no al analista) que trata una materia que le es remota». Spitzer analiza con gran sutileza las herramientas utilizadas por Proust para enfatizar esta distancia: los paréntesis, el uso del subjuntivo, y así sucesivamente. Y, en un determinado momento, observa: «la frase más banal puede custodiar los secretos más profundos del alma. Proust es un grafólogo y un fisonomista de una lengua individual, y va a la “búsqueda” del espíritu de la lengua cotidiana, ahora disperso, aplastado, “perdido”. Al igual que la moderna psicología construye dispositivos para detectar la mentira, Proust confronta tono y discurso, y utiliza el primero para revelar la “mentira” del segundo».

«Búsqueda», «perdido»: una vez más el título del ciclo novelesco de Proust, y sus implicaciones cognitivas. Y luego, la grafología, la fisonomía, la psicología moderna: y tras la alusión a los *lie detectors* se vislumbra el desvelador de mentiras por excelencia, Sigmund Freud. Hoy en día, al releer pasajes como estos, pienso inevitablemente en la tríada Morelli-Freud-Sherlock Holmes con la que abrí mi ensayo «Spie», y me doy cuenta de lo profunda que, desde entonces, es mi deuda con Spitzer –y naturalmente, sobre todo, con Proust. Una deuda intelectual que reconocí de inmediato, pero cuyas implicaciones me quedaron claras poco a poco, con los años.

«Spie» apareció en 1979;⁹ al año siguiente publiqué en *Critique* una reseña de la recopilación de ensayos de Jacques le Goff titulada *Pour un autre Moyen Age*.¹⁰ En un momento dado, casi de pasada, comenté que los historiadores, en lugar de utilizar, dándolo por sentado, el modelo narrativo de la novela naturalista, habrían hecho mejor aceptando el reto planteado por los grandes novelistas del siglo xx: Proust, Joyce, Musil. Mi ocurrencia escondía un objetivo polémico no declarado: el ensayo de Lawrence Stone «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History» aparecido en *Past and Present*, e inmediatamente traducido en *Le Débat*.¹¹ Años antes había asistido, con gran provecho, al seminario del Davis Center en Princeton, dirigido por Lawrence Stone. Pero la tesis de un «resurgimiento de la narrativa», propuesta por Stone, me decepcionó, porque presuponía que solo había un tipo de narración: de hecho, la modelada por la novela naturalista. Pero ¿cuáles podrían ser las consecuencias cognitivas de una forma diferente de relatar la historia?

Era una pregunta que me había planteado hacía tiempo, al escribir un libro, titulado *Il formaggio e i vermi*,¹² en el que traté de entretener la narración histórica con la reflexión sobre la investigación. En esa dirección me había empujado, entre otras cosas, la participación en la década de los setenta en una iniciativa que nunca se llevó a buen término: una revista diseñada por dos novelistas, uno ya famoso, Italo Calvino, y otro que estaba casi empezando, Gianni Celati. Y fue el propio Celati el que me hizo leer el maravilloso ensayo de Émile Benveniste sobre «Les relations de temps dans le verbe français».¹³ Cito un pasaje: «Definiremos la narración histórica como aquel género de enunciación que excluye

cualquier forma lingüística “autobiográfica”. El historiador nunca dirá *yo*, ni *tú*, ni *aquí*, ni *ahora*, porque nunca tomará prestado el aparato formal del discurso, que consiste ante todo en la relación personal yo: tú. Por tanto, en la narración rigurosamente histórica solo podemos encontrar formas en “tercera persona”.

Por supuesto, sería imposible definir la *Recherche* de Proust como una «narración rigurosamente histórica». Pero ¿qué pasaría (me pregunto) si adoptáramos una definición más amplia que la adoptada por Benveniste? No se trataría, desde luego, de proponer que los historiadores imitaran a Proust. Se trataría de captar qué podrían aprender los historiadores de una narración histórica *sui generis* como la *Recherche*.

He estado reflexionando sobre estas cuestiones durante años, mientras abordaba temas diversos, pero todos conectados de una manera u otra a la relación con «lo verdadero, lo falso, lo ficticio»: los tres términos que componen el subtítulo de mi última recopilación, *Il filo e le tracce*,¹⁴ pero que si no me equivoco definen el conjunto de la investigación que, sobre asuntos muy heterogéneos, he llevado a cabo desde mediados de los años ochenta. En la prolongada discusión con la tesis neoescéptica, según la cual sería imposible distinguir estrictamente entre narraciones históricas y narraciones de ficción, volví una y otra vez a Proust. ¿Por qué? Podría responder a esta pregunta recurriendo, una vez más, a una observación de Spitzer: «De hecho, en Proust no hay ningún grupo de palabras tan común y lleno de nostalgia como *reel, réalité, réaliser*». Nadie, ni siquiera el más obstinado neoescéptico, podía acusar a Proust de positivismo ingenuo. En Proust, la búsqueda de la realidad y de la verdad (sin comillas) se acompaña con la aguda conciencia de los muchos obstáculos, subjetivos y objetivos, que esta investigación debe superar.

Se ha escrito mucho sobre qué impulsó a Proust a restituir con la mayor precisión posible el timbre de las innumerables voces que pueblan su ciclo novelístico. Es un impulso en el que convergían el poeta y el científico. Pero el objetivo que se propone el historiador no es muy diferente. Creo que puedo decir que, en mi caso, la conciencia de esta proximidad se ha fortalecido a través de una larga familiaridad con los procesos de la Inquisición: documentos en los que la alternancia de las voces de los jueces y de los imputados a menudo oculta un abuso de los primeros sobre los segundos, acompañado de una violencia que siempre es cultural, y a veces física. Para poder captar este entrelazamiento de voces sin deformarlo, el historiador debe aprender a esterilizar los instrumentos de análisis: en otras palabras, debe aprender a no proyectar sus propias expectativas y sus propios prejuicios sobre los documentos. Tiene que aprender a dejar de lado lo que sabe, a mirar la realidad como algo opaco, incomprensible, extraño; debe renunciar a entender para entender más.

Algo extraño. Hace años traté de reconstruir la genealogía del proceso literario que Viktor Sklovsky, en un famoso ensayo, definió como *ostranienie, estrangement*.¹⁵ Frente a los que (de Marco Aurelio a Montaigne, de Voltaire a Tolstoi) han utilizado la mirada de extrañamiento del campesino, del salvaje, del animal, para

criticar las convenciones sociales, Proust parece ir en una dirección diferente: el impulso que incita a Elstir a pintar el mar como un prado (no lo que sabe sino lo que ve) es un extrañamiento puramente estético. Pero al final de la *Recherche* el procedimiento de Elstir reaparece en un contexto diferente, y más amplio. En una página maravillosa, y justificadamente famosa, de *El tiempo recobrado*, el narrador le habla a Gilberte de su marido, Robert de Saint-Loup, recién fallecido: «Hay un aspecto de la guerra que yo creo que él comenzaba a ver –le dije–: que es humana, se vive como un amor o como un odio, se podría contar como una novela y, por consiguiente, si éste o aquél van repitiendo que la estrategia es una ciencia, esto no le ayuda en nada a comprender la guerra, porque la guerra no es estratégica». Pero esta declaración sobre la inferioridad de la ciencia respecto a la ficción es sustituida casi de inmediato, con la propuesta de una ciencia diferente de la convencional. «Aun suponiendo que la guerra sea científica, habría que pintarla como Elstir pintaba el mar, por el otro sentido, y partir de las ilusiones, de las creencias que se van rectificando poco a poco, como Dostoyevski contaba una vida».¹⁶

Elstir, Dostoievski, o bien el «lado Dostoievski» de Madame de Sévigné, que en un pasaje de las *Lettres*, que Proust cita de memoria, sale en una noche iluminada por la luna y se encuentra con «frailes blancos y negros, con monjitas grises y blancas, con ropa blanca esparcida por aquí y por allá, con hombres amortajados, apoyados en el tronco de los árboles, etc.». Y Proust dice: «nos presenta las cosas igual que el pintor, es decir, con arreglo al orden de nuestras percepciones y no explicándolas primero por su causa».¹⁷

Acercarse a la realidad (a los paisajes, a las personas), renunciando a las explicaciones preconcebidas que nos propone la inteligencia abstracta: en estas páginas de Proust me pareció (y aún me lo parece) reconocer un modelo cognoscitivo de extraordinaria riqueza. Mi ensayo sobre el extrañamiento terminaba así: «Para describir el proyecto histórico en el que me reconozco personalmente me gustaría utilizar, con un pequeño cambio, una frase tomada de pasaje de Proust antes citado: “Aun suponiendo que la guerra sea científica, habría que pintarla como Elstir pintaba el mar, por el otro sentido”».¹⁸

Quien aprecie las etiquetas reconocerá en este proyecto histórico a la microhistoria o, más exactamente, a una interpretación personal de la microhistoria. En un ensayo publicado en 2005, titulado «Latitude, Slaves, and the Bible» traté de desarrollar las implicaciones de las palabras de Proust.¹⁹ Se trataba de un experimento (una palabra apreciada por Proust), más bien de un experimento al cuadrado, fruto de un uso experimental del catálogo electrónico de la biblioteca de la UCLA. En italiano, la palabra «caso» tiene dos significados que se corresponden, en francés, con dos palabras diferentes: *hasard* y *cas*. Mi experimento se refería a ambas. El caso, adecuadamente controlado, hizo que me topara con un individuo que no sabía que existía: Jean-Pierre Purry, un calvinista de Neuchâtel que a principios del setecientos elaboró una serie de proyectos de colonización basados en una lectura original de la Biblia, que viajó por tres continentes y que murió en una ciudad que

él mismo había fundado en un lugar apartado de Carolina del Sur (hoy en día, de esa ciudad solo queda un cementerio en un bosque, y un nombre: Purrysburg). El caso de Purry, claramente anómalo, abrió la puerta a reexaminar, desde un punto de vista inesperado, dos interpretaciones de la acumulación primitiva de capital: la de Max Weber y la de Karl Marx. El subtítulo del ensayo, «An Experiment in Microhistory», recordaba las ambiciones generalizadoras que yo considero como parte intrínseca del proyecto historiográfico denominado «microhistoria». El ensayo terminaba con una cita de Proust: «Los simples de espíritu se imaginan que las grandes dimensiones de los fenómenos sociales son una excelente ocasión para penetrar más adentro en el alma humana; deberían, por el contrario, comprender que como tendrían probabilidad de penetrar esos fenómenos es descendiendo en profundidad en una individualidad».²⁰

Quien me llamó la atención sobre este pasaje de *Guermantes* fue un amigo muy querido, Francesco Orlando.²¹ He aprendido mucho de su audacia de teórico literario y de su manera profundamente original de leer textos, sobre todo franceses (de Racine, de Baudelaire, del propio Proust). Siguiendo a Orlando, había contextualizado el pasaje de Proust (las bromas de Françoise sobre la guerra ruso-japonesa), haciendo hincapié en el alcance general: partiendo del individuo, de su misteriosa riqueza y complejidad, es posible escribir la historia «alla rovescia» [al revés]. Esto no significa ceder a la moda neoescéptica (ahora, si no me equivoco, en declive), que cancela la distinción entre la novela y la historia ahogándolo todo en la ficción. Antes al contrario. La *Recherche* es la búsqueda de la verdad, es una exploración de la realidad a través de la ficción y más allá de la ficción. Proust estaba muy lejos de la idea de Barthes según la cual «el hecho no tiene nunca una existencia que no sea lingüística».²² Basta con leer la página del ensayo en el que Proust habla de Flaubert como de «un hombre que, por el uso enteramente nuevo y personal del pretérito indefinido, del pretérito perfecto, del participio de presente, de ciertos pronombres y de ciertas preposiciones, renovó nuestra visión de las cosas casi tanto como Kant, con sus Categorías, sus teorías del Conocimiento y de la Realidad del mundo exterior».²³

He citado este extraordinario pasaje en un ensayo dedicado al famoso espacio en blanco de *La educación sentimental*, en el que por supuesto partía de Proust y terminaba con Proust. El ensayo es parte de un libro, *Rapporti di forza. Storia retorica prova*, dedicado a Italo Calvino y a Arnaldo Momigliano, un novelista y un historiador.²⁴ Con esta doble dedicatoria quería resaltar que la literatura y la historia se mancomunan en el impulso por conocer la realidad, incluso cuando (y tal vez especialmente) la literatura planea en los cielos o en las profundidades de la ficción. Por supuesto, no es una convergencia pacífica, sino, más a menudo, una competición que no excluye fenómenos de hibridación. Sin embargo, Proust podría objetar que la hipótesis de la convergencia descuida una diferencia esencial. Escuchémosle (se trata de un pasaje de *El tiempo recobrado*): «La impresión es para el escritor lo que la experimentación para el sabio, con la diferencia de que

en el sabio el trabajo de la inteligencia precede y el del escritor viene después». ²⁵ Esta contraposición me parece demasiado nítida. Me gustaría superarla utilizando a Proust en contra de Proust, evocando una vez más el *estrangement*: un procedimiento (un experimento) que suspende deliberadamente, en determinadas condiciones, la actividad de la inteligencia.

En una página de *Mimesis*, Erich Auerbach aisló y comentó un memorable pasaje de las *Memorie* de Saint-Simon, en la que el duque describe un encuentro fortuito con el delfín: «estaba sentado en su silleta, rodeado de sus criados y de dos o tres de sus oficiales primeros. Quedé espantado. Vi a un hombre con la cabeza caída, de un rojo purpúreo, con un aire estúpido, que ni siquiera me vio llegar». ²⁶

En un ensayo dedicado a Siegfried Kracauer sugerí ver en este pasaje de Saint-Simon una célula generadora de un famoso pasaje de la *Recherche*. ²⁷ El narrador, al regresar de un viaje, entra de forma inesperada en su propia casa: «De mí (...) no había allí más que el testigo, el observador, con sombrero y gabán de viaje; el extraño que no es de la casa, el fotógrafo que viene a tomar un clisé de unos lugares que no volverán a verse. Lo que, mecánicamente, se produjo en mis ojos cuando vi a mi abuela, fue realmente una fotografía. (...) por primera vez, y sólo por un instante, porque desapareció bien pronto, distinguí en el canapé, bajo la lámpara, colorada, pesada y vulgar, enferma, soñando paseando por un libro unos ojos un poco extraviados, a una vieja consumida, desconocida para mí». ²⁸

«Vi a (...) una vieja», escribe Proust: «Vi a un hombre», escribió Saint-Simon. La decadencia física, enfatizada por la alusión al color («rojo purpúreo», «colorada»), borra la individualidad, haciendo aflorar la pertenencia al género (y al género humano). En el caso de Proust, la falta de reconocimiento hace ver, aunque sea por un momento, con los ojos del extraño («el extraño que no es de la casa») lo que el amor impedía ver, y aceptar: que se aproxima la muerte de la abuela.

No parece necesario insistir sobre la relación entre los dos textos. Curiosamente, se le escapó a Auerbach, que construyó su *Mimesis* siguiendo el modelo de la *Recherche* (y de las novelas de Woolf), y a Spitzer, que dedicó un ensayo a los ecos de las *Memorie* de Saint-Simon en la *Recherche*. Pero todo eso entra dentro de la norma. En cualquier investigador, incluso en los más grandes (como Spitzer, como Auerbach), hay un punto ciego: de ahí que la investigación, por definición, no tenga fin.

Traducción y notas: Anacleto Pons

NOTAS

1. Aunque la primera versión de es 1979, la más difundida es: «Spie. Radici di un paradigma indiziario», en *Miti emblemici spie. Morfologia e storia*. Turín, Einaudi, 1986, págs. 158-209 [«Indicios. Raíces de un paradigma indiciario», en *Mitos, emblemas, indicios. Morfologia e historia*. Barcelona, Gedisa, 1989, págs. 138-175; la cita es de la pág. 163].

2. «Marcel Proust», en *Französischer Geist im neuen Europa*. Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1925, págs. 9-145.
3. Turín, Einaudi, 1959.
4. Leo Spitzer, «Le Style de Marcel Proust», en *Études de style*. París, Gallimard, 1970, págs. 397- 473.
5. Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*. 5. *La prisionera*. Madrid, Alianza, 1968, pág. 204.
6. Marcel Proust, «Prefacio», en John Ruskin, *La Biblia de Amiens*. Madrid, Abada, 2006, págs. 59-60.
7. *Ibid.*, pág. 59.
8. Volumen editado por C. K. Scott-Moncrieff y publicado en Londres, Chatto & Windus, 1923.
9. Apareció en la recopilación de Aldo Gargani, (ed.), *Crisi della Ragione*, Turín, Einaudi, 1979, págs. 59-106 [«Señales. Raíces de un paradigma indiciario», en Aldo Gargani (comp.), *Crisis de la razón. Nuevos modelos en la relación entre saber y actividades humanas*. México, Siglo XXI, 1983, págs. 55-99].
10. «L'Autre moyen âge de Jacques Le Goff», *Critique*, núm. 395 (1980), págs. 345-354.
11. El artículo apareció en *Past and Present* en 1979 y en *Le Débat* en 1980. Véase: «El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia», en *El pasado y el presente*. México, FCE, 1986, págs. 95-120.
12. *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500*. Turín, Einaudi, 1976 [El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI. Barcelona, Muchnik, 1981; *El formatge i els cucs. El cosmos d'un moliner del segle XVI*. València, PUV, 2006].
13. En *Problèmes de Linguistique générale*. París, Gallimard, 1966, págs. 237-250.
14. *Il filo e le tracce. Vero, falso, finto*. Milán, Feltrinelli, 2006 [El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio. Buenos Aires, FCE, 2010]. Con todo, ya no es su última recopilación, véase: *Peur, révérenc, terreur. Quatre essais d'iconographie politique*. Dijon, Les presses du réel, 2013.
15. «Extrañamiento. Prehistoria de un procedimiento literario», en *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*. Barcelona, Península, 2000, pág. 15-39.
16. Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*. 2. *A la sombra de las muchachas en flor*. Madrid, Alianza, 1966, págs. 259-260.
17. Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*. 7. *El tiempo recobrado*. Madrid, Alianza, 1969, pág. 346
18. El traductor, Alberto Clavería, ofrece su propia versión de la cita de Proust: «si supiéramos que la guerra fuera científica, aún habría que pintarla como Elstir pintaba el mar», en *Ojazos de madera, cit.*, pág. 39.
19. «Latitude, Slaves, and the Bible. An Experiment in Microhistory», *Critical Inquiry*, núm. 31 (2005), págs. 665-683 [«Latitud, esclaus i la Bíblia. Un experiment de microhistòria», *Afers. Fulls de Recerca i Pensament*, núm. 57 (2007), págs. 355-373].
20. Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*. 3. *El mundo de Guermantes*. Madrid, Alianza, 1966, pág. 377.
21. Francesco Orlando (1934 -2010), uno de los más destacados críticos literarios de la Italia de la segunda mitad del siglo XX. Como prueba de tal relación, Carlo Ginzburg participó («Un ricordo», pág. 105) en el volumen colectivo *Per Francesco Orlando Testimonianze e ricordi*. Pisa, Edizioni ETS, 2012.
22. «El discurso de la historia», en *El susurro del lenguaje*. Barcelona, Paidós, 1987, pág. 174.
23. Marcel Proust, «A propósito del `estilo´ de Flaubert», *Barcarola. Revista de Creación Literaria*, núm. 29 (1988), págs. 217-227 (217).
24. Milán, Feltrinelli, 2000.
25. Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*. 7. *cit.*, pág. 228.
26. Erich Auerbach, *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México, FCE, 1950, pág. 402.
27. «Detalles, primeros planos, microanálisis. Notas marginales a un libro de Siegfried Kracauer», en *El hilo y las huellas, cit.*, págs. 327-349.
28. Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*. 3. *cit.*, págs. 158-159.

.....

El título original de esta contribución del gran historiador italiano y padre fundador de la «microhistoria» Carlo Ginzburg es «Lettori di Proust. Che cosa gli storici possono imparare da una narrazione sui generis come la *Recherche*» y fue publicada originalmente en *L'Indice*, año XXX, núm. 6 (junio de 2013). El texto es parte de una comunicación leída por el autor en el seminario («Lecteurs de Proust») de Antoine Compagnon, que tuvo lugar en el Collège de France el 19 de marzo de 2013.